

6. Permanecer en la transmisión: *stabat Mater*

Por lo que he intentado decir sobre la transmisión, creo que es evidente que no podemos "perseverar", vivir nuestra vocación con una duración viva, con una fidelidad viva y fecunda, sin concebirla precisamente ligada a la transmisión de Cristo. Sin transmisión, el tiempo se convierte en una espera sin fuente ni resultado. Estamos aquí, estamos aguantando, pero como esas plantas de interior que pueden ser bonitas de ver, pero que no tienen función ni fecundidad.

Perseverar en la transmisión de Cristo, que debe ser el sentido de nuestra estabilidad fiel, es, por el contrario, una actitud que manifiesta una personalidad radiante, un "ser persona", porque es una actitud que vincula la presencia de una monja, de un monje, de una comunidad, a la misión de un Otro (con mayúscula), mejor: a la presencia de un Otro en misión.

El icono más llamativo de esta perseverancia es la Virgen María en su manera de vivir el tiempo de su vida terrena en relación con la misión de su Hijo. María no tenía otra vocación que la de servir a la misión del Hijo enviado por el Padre para salvar al mundo. Nadie ha participado más intensamente en la misión de Jesús que su Madre. A veces pienso que San Pablo podría haber escrito algunas líneas más sobre la Virgen María, como también pudo haberlo hecho San Benito. Pero la única frase de la carta a los Gálatas en la que el Apóstol se refiere a María dice casi todo sobre su misterio: "Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial" (Gál 4,4-5).

El Hijo de Dios nace de una mujer porque es enviado por el Padre para hacernos hijos de Dios. Dios ha nacido por nosotros, el Hijo de Dios ha nacido en el mundo por nosotros. Para comprender el sentido de la maternidad divina de María, es necesario situarla en este movimiento que va de la Trinidad al hombre, para salvarlo por medio de Cristo.

María es la Madre de Jesucristo porque "Dios envió a su Hijo", porque el Padre da al Hijo la misión de salvar a todos los hombres haciéndolos hijos de Dios animados por el Espíritu Santo. María no sería la Madre de Jesucristo, la Madre de Dios, si Dios no hubiera querido salvarnos, redimirnos haciéndonos sus hijos e hijas. Es para engendrarnos a la vida divina por lo que Dios hace de María la Madre de su Hijo.

María no partió en misión, sino que vivió cada momento de su vida perseverando en la transmisión del Hijo al mundo. Imaginaos la intensidad con la que María vivió el tiempo de su vida en Nazaret y durante los treinta años en que Jesús estuvo con ella, y luego durante los tres años en que Él estuvo en misión pública. Imaginemos la constancia en la transmisión de su Hijo después de la ascensión de Jesús al cielo, cuando María permaneció discretamente en la primera comunidad cristiana, cuando permaneció con Juan. Todo fue participación en la misión de salvación del Hijo, y por lo tanto de la Iglesia. Vivió una vida intensa y fértil, porque estaba en comunión de amor con Jesús y con el amor de Jesús por el mundo.

La Virgen María aceptó desde la Anunciación ser la servidora de la misión de Cristo. Porque el Emmanuel estaba en misión desde el momento de su concepción, fue enviado y enviado como "Jesús", como "Dios que salva". María vivió tanto en la transmisión del Hijo al mundo que sin querer la anticipó, en las bodas de Caná (cf. Jn 2, 3-5). Ella nunca se ha preocupado de los tiempos y de los medios de la misión del Hijo. No era asunto suyo. Ella dejó que sucediera obedeciendo al Padre, como lo hizo Jesús. Pero siempre mantuvo encendida la lámpara con la conciencia de que cada momento de la vida de Jesús, de su presencia, era su misión en acción, incluso cuando lo veía dormir en la cuna, o trabajar con José, o salir a orar en la soledad de la noche o en el desierto. Y si, como al hallarlo en el Templo, había sido capaz de reaccionar una o dos veces demasiado humanamente con respecto al comportamiento de su Hijo, era sólo una oportunidad para ella y para Jesús de "refrescar" el significado de su alianza, de su comunión de vida: la de estar en comunión de obediencia al Padre que envía a su Hijo para salvar al mundo. María no entendía la respuesta de Jesús a su reproche. Pero ella no insiste. Entra silenciosamente en presencia de la misión en acto del Hijo, entra en un tiempo en el que está atenta, con todo su corazón, al acontecimiento del Hijo para que su misión ilumine la suya, que es la de servir, seguir, permanecer abandonada a la misión del Hijo: "Él bajó con ellos y fue a Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres" (Lc 2,51-52).

La cumbre de la capacidad de María para mantenerse en la transmisión del Hijo es obviamente su presencia, su "estar de pie" bajo la Cruz. Nadie ha participado en la misión redentora de Cristo crucificado como su Madre. Una participación desde el corazón, totalmente libre y consensual. Físicamente, un Simón de Cirene participó más que María en la Pasión del Señor. Pero interiormente, nadie podía compadecer más que la Virgen.

El Evangelio de Juan nos presenta esta participación precisamente en forma de "estabilidad", un "*Stabat Mater*": "Junto a la cruz de Jesús estaba su madre" (Jn 19,25). La constancia de toda la vida de María, antes y después de la muerte redentora de Jesús, se concentra en la densidad total de amor y de fe de este "permanecer" junto a la Cruz. Una presencia fecunda, una presencia "perseverante", porque allí es donde Jesús hace de María la Madre universal. Pero fue en cada momento de su vida donde María vivió con esta intensidad de permanencia, esta fidelidad a la misión del Hijo. Y cuando la misión del Hijo está en su apogeo, en la Cruz, es la misma misión la que lleva a la Virgen con ella, en la perfección y universalidad materna de la transmisión de Cristo.